

su columna, que le daban licencia para que se estuviese quedo y perseverante en aquel tan nuevo como riguroso modo de vivir, porque su obediencia era suficiente testimonio de que aquel camino era de Dios; pero si se resistiese, y no quisiese bajar y obedecer, mandaron que por fuerza le hiciesen bajar y quitar luego de allí. Va el mensajero con aqueste recado al Santo, y apenas habia acabado de declarar el mandato que llevaba de los Padres, de que bajase de allí, cuando él habia echado el un pié para bajar y obedecer. Entonces el mensajero dale el segundo recado que llevaba, y dícele: *Bono animo sis, et strenue rem gere: statio tua à Deo est instituta*: Tened buen ánimo, Padre mio, y perseverad en hora buena en esa manera de vivir que habeis tomado; porque de Dios es, y así les ha parecido á aquellos Padres. Débese ponderar mucho aquí por una parte la grande obediencia y rendimiento de juicio del Santo en una cosa tan buena, y que entendia él que era de Dios, y por otra cuánto caso hicieron todos aquellos Padres de aquella obediencia y rendimiento, pues la tuvieron por señal bastante para juzgar que aquel era espíritu de Dios; y si no se rindiera y sujetara luego á la obediencia, lo juzgaran por suficiente para no tenerlo por bueno.

Esta señal es muy buena, y usan comunmente de ella los confeso-

res y maestros de espíritu en muchas cosas, para conocer si nacen de buen espíritu ó no. Está el penitente muy aficionado á comulgar muy á menudo, y dícele el confesor que no comulgue tan á menudo. Está deseoso de hacer mucha penitencia, y muchos ayunos, disciplinas y cilicios: el otro queria dormir en el suelo, y el otro dormir menos, y otras cosas semejantes. Muy bueno es por cierto y muy loable el deseo de mucha penitencia y mortificacion; y de los dos extremos, lo que tiene menos sospecha es inclinarse antes contra sí que por sí; porque la naturaleza del amor propio siempre se ha de temer y tener por sospechosa; pero lo que es mejor en todas estas cosas, y sin sospecha ninguna, es dar uno cuenta al superior ó al confesor de todo lo que hace y de todo lo que desea, y regirse por lo que él determinare; con eso agrada más á Dios, y merecerá más. Y nótese aquella teología, que es muy buena y muy cierta. Si uno tiene deseo eficaz de hacer algunas penitencias ó mortificaciones, y dando cuenta de ello al superior, le ordena que deje las tales obras, obedeciendo en esto, no solamente no pierde el mérito y ganancia de aquellas obras, antes la acrecienta y dobla; porque gana por una parte el valor y mérito de las tales obras y penitencias, por la voluntad eficaz que tenia de hacer-

las, y por otra parte gana el valor y mérito de la obediencia, dejándolas por obedecer: y algunas veces será mayor este mérito que el primero, por la mayor abnegacion y resignacion de su voluntad y juicio, dejando lo que tanto deseaba por obedecer y hacer la voluntad de Dios, declarada por el superior; y así le fue enseñada del cielo esta teología á la bienaventurada santa Brígida (1). Era esta Santa muy aficionada á grandes penitencias: el padre espiritual que la gobernaba quitóle en un tiempo parte de ellas, porque así convenia á su salud. Ella, aunque obedeció, hizosele dificultoso, y temia no recibiese su alma algun detrimento en la virtud. Apareciósele la Virgen sacratísima, y díjole: Mirad, hija: si dos hombres desean ayunar un dia por su devocion, y el uno que está en su libertad ayuna de hecho, recibe una paga por aquel ayuno; y si el otro que está en obediencia no ayuna porque se lo ordena así el superior, este recibe la paga doblada: la una, porque deseó ayunar de buena gana; la otra, porque negó su voluntad y obedeció.

Aun allá los filósofos gentiles conocieron y estimaron mucho esta manera de obediencia y rendimiento. Cuenta Plutarco de Agesilao, que era un capitan famosísimo

(1) Lib. 4 revelationum sanctæ Birgit. cap. 27.

mo de los lacedemonios, que andando él muy ocupado contra los enemigos de su patria, y sucediéndole las cosas muy prósperamente con grandes victorias y pujanzas, le llegó un dia un recado de su república, mandándole que se retirase; y estando él en medio de sus honras, y con gran ventaja sobre los contrarios, luego cesó y se retiró: y dice Plutarco que ganó mayor honra y fama con esto que con cuanto habia hecho en toda su vida.

Pero dejemos ejemplos extraños, pues los tenemos propios: ¿Á quién no espantará aquella grande obediencia del Padre san Francisco Javier (1) (que con razon estimaba en tanto nuestro bienaventurado Padre san Ignacio), que teniendo en las manos la conquista y conversion de un nuevo mundo, y llamándole nuestro santo Padre á Roma, con sola una letra que puso al fin de la carta junto á su firma, que era una I, que en romance quiere decir *id*, estaba muy satisfecho que luego dejaria aquella tan grande empresa, y tomaria el camino para Roma, desde casi lo último del Oriente; y sin duda lo hiciera, si antes que llegara la carta no hubiera ya ido á gozar de sus trabajos al cielo?

(1) Lib. 6, cap. 8 de su vida.



## CAPÍTULO VIII.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

Del abad Nesteton (1) se dice que el día que entró en Religión hizo esta cuenta consigo: *Ego, et asinus, unum sumus*: Yo y el jumento de casa todo es uno: de hoy mas has de ser como él. *Quidquid ei imponitur, hoc portat, et sine mora*: Todo lo que le echan á costas lo lleva, sin decir por qué, ni para qué; mucho es, ó poco es: no resiste en cosa alguna, ni tiene juicio contrario, y aunque le den de palos, no se injuria ni deja de trabajar; y por ser animal humilde y despreciado, de todos es tenido en nada, y con un poco de paja le hacen pago. Y mas: así como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedece al que le rige; así ha de hacer también el religioso: y como la bestia no come para sí, ni descansa para sí, sino todo es para servir mas á su dueño; así también el religioso no ha de comer para sí, ni dormir, ni holgar, ni descansar para sí, sino todo eso ha de ser para poder servir mas á Dios nuestro Señor y á la Religión. *Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum*, Psalm. LXXII, v. 23, decía el profeta David. Pues haceos vos como jumento en la Re-

(1) In vit. Patrum, lib. de humil. pagina 951 in nova impres.

ligion, y de esa manera aprovecharéis mucho en ella.

Cuenta Simeon Metafraste, y tráelo Surio en la vida de santa Melena romana, un ejemplo que dice solia ella contar á sus religiosas. Llegó un mancebo á uno de aquellos grandes monjes antiguos, diciendo que queria ser su discípulo: el viejo, queriéndole mostrar cuál habia de ser, si queria ser religioso y discípulo suyo, mandóle que á una estatua que allí estaba la azotase, y diese de palos y de coques. El mancebo hizolo así; y hecho, preguntóle el viejo si la estatua se habia quejado ó resistido. Respondió el mancebo que no. Pues torna, dice, de nuevo á herrirla como de primero, y fuera de eso, dile muchas injurias y baldones; y como el mancebo lo hiziese así segunda y tercera vez, tornóle á preguntar el viejo si se habia sentido y agraviado de aquello la estatua. Respondió el mancebo que no; porque al fin era estatua que no sentia ni hablaba. Entonces dícele el viejo: Si tú puedes sufrir que yo haga contigo lo que tú has hecho con esta estatua, sin resistir, ni contradecir, ni agraviarte de ello, entra en buena hora á ser mi discípulo; pero si no, vuélvete á tu casa, que no eres para religioso.

De santa Gertrudis se lee que tenia una abadesa de mucha santidad, pero era mal acondicionada, y daba respuestas desabridas. La Santa rogaba á Dios que la

quitase aquella mala condicion. Respondióle el Señor: ¿Para qué quieres que se la quite, pues con eso tiene ocasion de mantenerse en humildad, que viendo que ha caido en alguna impaciencia, se humilla y reconoce su flaqueza? Y tambien, ¿qué merecírais vosotros en obedecer, si ella fuese bien acondicionada? Yo le dejo esa falta para ejercicio vuestro, y para que aprendais á obedecer.

Semejante á esto es lo que cuenta Blosio, cap. 4 Mon. spiritualis, de la misma Santa, que orando ella una vez por un defecto de cierta persona que gobernaba una congregacion, le apareció el Señor, y le dijo: Yo, por la abundancia de mi piedad, dulzura y amor divino con que escogí esta congregacion, permito que tengan algunos defectos, aun los mismos que la gobiernan, para que por ese camino se aumente el merecimiento de la congregacion; porque mucha mayor virtud es sujetarse á alguno cuyas obras parece que son perfectas. Yo permito que los superiores tengan algunos defectos, y que por las muchas ocupaciones y diversos cuidados que tienen algunas veces se descuiden, para que se humillen mas. El merecimiento de los súbditos crece y se aumenta, así con los defectos, como con las virtudes de quien los gobierna; y de la misma suerte crece el merecimiento de quien

los gobierna y rige, como es razon, así con el aprovechamiento y virtudes, como con los defectos de los súbditos. En las cuales palabras del Señor entendió santa Gertrudis la abundantísima piedad de la sabiduría divina, que tan secretamente dispone la salvacion y remedio de sus siervos, permitiendo faltas en ellos para hacerlos mas perfectos.

En la vida de san Antonio escribe san Atanasio de aquellos monjes antiguos que se dedicaban á la obediencia, que buscaban superiores ásperos y desabridos, que no les agradeciesen lo que por ellos hacian, sino que los reprendiesen, como hacia Pacomio á Teodosio su discípulo, para purificarle si habia algun polvo de vanagloria; y mientras los superiores eran mas difíciles y desabridos, eran ellos mas obedientes. Una de las maneras religiosas de vivir que usaban aquellos santos Padres antiguamente era estar como discípulos debajo de la disciplina y correccion de un Padre viejo, al cual tambien servian en todas las cosas de la manera que un siervo sirve á su señor. Por donde, así como el señor á cada paso tiene ocasion de reprender y castigar á su siervo por no hacer las cosas á su voluntad, así tambien aquellos maestros tenian esta misma ocasion; y así unas veces por la aspereza de su condicion, otras por ejercicio de virtudes, usaban tra-



tar ásperamente á sus discípulos. Hasta los treinta años, dice san Juan Clímaco, que los probaban en varios trabajos é injurias.

Cuenta Casiano, collat. 18, c. 14, de una mujer noble y rica que vivia en la ciudad de Alejandría muy religiosamente, que recibia tanto gusto en padecer, que no se contentaba con llevar de buena gana las penas y trabajos que se le ofrecian, sino andaba buscando y procurando que se le ofreciesen nuevas ocasiones para ejercitarse mas en la paciencia y mortificacion; y así con este deseo fué al santo obispo Atanasio, y pidióle que le diese una viuda de las que sustentaba la Iglesia, para sustentarla y regalarla en su casa. El santo Obispo, alabando su buen deseo, mandó que le diesen una, la mas sierva de Dios y de mas buena y apacible condicion que hubiese. Llevóla á su casa, y servíala y regalábala mucho; pero como viesse la blandura y comédimento de la mujer, que todo era darle gracias, y alabarla por los servicios y buenas obras que le hacia, volvió al Obispo, y quejóse mucho que ¿cómo habiéndole pedido una mujer á quien sirviese, para ejercitarse y aprovecharse, no se la habia dado? El Santo, no entendiendo bien su deseo, pensando si por descuido no le habian dado mujer alguna, informóse de ello, y hallando que le habian dado la mejor de todas,

y entendiendo por allí el fin y motivo de su perdicion, respondió que él proveeria; y manda que le den la mas mal acondicionada y de menos virtud de cuantas habia, la cual, dice, que fue mas fácil de hallar que la buena. Escogen, pues, una mujer seca, desgraciada, ingrata, melancólica, airada, habladora, rencillosa, etc. Llévala á su celda, comiéndola á servir con gran caridad y humildad, como á la primera, y aun mas; y de todo no recibia de ella otra paga ni otro agradecimiento sino riñas, afrentas y maldiciones: dábala en rostro con todo, y decia que no la habia traído allí para regalarla, sino para atormentarla; y aun algunas veces se encolerizaba tanto, que venia á poner en ella las manos. Á todo esto callaba la santa mujer, y sufría doblado y tresdoblado el servicio y el regalo: mientras mas injurias recibia, mayores servicios y beneficios le hacia, con los cuales ejercicios sentia ella grande ayuda y provecho en su alma; y así fué á dar las gracias al Obispo, porque le habia cumplido su deseo, dándole tal maestra de paciencia, con quien tuviese perpétua ganancia; y ocupada en este y en otros ejercicios santos, murió en el Señor.

Solia contar el abad Pemenes lo que le habia acontecido con el abad José, siendo él novicio: y era, que teniendo en su monasterio el abad José una hi-

guera muy hermosa, le enviaba cada mañana á que comiese de ella, que para la abstinencia que los monjes profesaban era una cosa extraordinaria. Un dia que se lo dijo, era viernes, y él no osó comer entonces, por no quebrantar el ayuno de aquel dia, tan recibido y universal de todos ellos. Remordiéndole despues la conciencia por no haberle obedecido, fué á él, y díjole: Perdóname, padre, en lo que te quiero preguntar: ¿Qué es la causa por que profesando nosotros tanta abstinencia me has mandado todos los dias que coma de los higos, y especialmente un dia como este? Porque te hago saber que yo he estado muy confuso hoy, por causa del ayuno que todos solemos tener en este dia, por la cual causa no me he atrevido á comer; por otra parte tengo vergüenza y remordimiento de no haberte en esto obedecido, pues sé que sin causa no me mandarias tal cosa. Respondió á esto el santo viejo: Hijo, los Padres antiguos del yermo no mandaban á los monjes á los principios cosas tan concertadas y hacederas, sino cosas que á primera faz algunas veces parecian desatinos y locuras, para probarlos si tenian rendimiento de juicio y verdadera resignacion de su voluntad; y cuando veian que hacian estas cosas sin replicar ni dudar, de allí adelante no les mandaban sino las cosas necesarias y convenientes.

En las vidas de los santos Padres se cuenta que uno de aquellos Santos antiguos vió una vez cuatro órdenes de justos en el cielo: el primero era de los hombres enfermos que en sus enfermedades habian tenido paciencia y dado gracias á Dios; el segundo, superior á este, era de los que acogian y hospedaban los pobres y peregrinos, y servian á enfermos, y finalmente se ejercitaban en obras de caridad; el tercero era de los que, dejadas todas las cosas, vivian en el yermo con mucha pobreza y abstinencia, ocupados en oracion; el cuarto orden, superior á estos, era de aquellos que por amor de Jesucristo vivian en obediencia, sujetos á la voluntad ajena en todo, y á estos vió que estaban con cadenas y collares de oro, y que tenían mas gloria que los demás. Maravillado de ver esto, preguntó cómo tenían aquellos mas gloria que los monjes solitarios y los demás. Y fuele respondido que la causa era porque los monjes en su soledad, y los que se ocupaban en obras de caridad, en lo que hacian, cumplian su propia voluntad; pero el obediente no, antes la sacrificaba á Dios, y como la voluntad era cosa tan estimada en el hombre, así el sacrificarla era de tanto mérito delante de Dios; y aquella honra de aquellos collares de oro era porque bajaron sus cervices al yugo de la obediencia.



Concuera con esto lo que se cuenta del abad Pampo, que viniendo á visitar cuatro monjes del yermo todos muy señalados en virtud, porque el primero se señalaba principalmente en ayunos y asperezas grandes que hacia; el segundo en pobreza; el tercero en caridad para con sus prójimos; el cuarto habia veinte y dos años que vivia debajo de obediencia, el santo Abad antepuso este último á todos los otros tres; porque aquella virtud que tenian la habian conservado de su voluntad, y este, dejando totalmente su voluntad, se habia hecho siervo de la ajena: y diciendo esto, añadió que los que esto hicieren, perseverando hasta el fin, se pueden llamar verdaderamente mártires.

#### CAPÍTULO IX.

*De dónde nace el tener juicios contra la obediencia, y de qué medios nos ayudaremos contra ellos.*

La raíz de donde nace el ofrecérsenos juicios y razones contra las cosas que ordena la obediencia es nuestra inmortificación. Pero dirá alguno: Eso parece que es como si preguntáramos de dónde nace ser soberbio. Y respondiérais que de falta de humildad. Claro está que si yo tuviera mortificado el juicio, tuviera simplicidad en la obediencia, y no tuviera juicios contra

ella. Pues no digo eso; sino lo que digo es, que de no estar nosotros mortificados en nuestras pasiones y apetitos, y de ser muy amigos de nuestras propias comodidades, y cumplir nuestra propia voluntad; y de no estar indiferentes y resignados para todo lo que nos pueden mandar; de ahí nace que, cuando lo que nos mandan es contra nuestra voluntad y apetito, se nos ofrecen muchas razones y juicios contra ello. Sino, entre cada uno dentro de sí, y mire cuándo se le suelen comunmente ofrecer los juicios y réplicas contra la obediencia; y hallará que cuando le mandan aquello á que tiene repugnancia, cuando no le conceden lo que quiere, cuando le mortifican y tocan en lo vivo y en lo que le duele, entonces vienen á montones las razones aparentes contra lo que se ordena; empero cuando le mandan lo que le da gusto, y es al sabor de su paladar, no se le ofrecen ningunos juicios ni razones contrarias, antes le parece que viene de molde, y que es la cosa mas acordada del mundo.

San Jerónimo, sobre aquellas palabras del profeta Oseas, c. vii, v. 11: *Et factus est Ephraim, quasi columba seducta, non habens cor*: Fue hecho Efraim como una paloma engañada que no tiene corazón, pregunta: ¿Por qué Efraim no se compara á otras aves, sino á la paloma? Y responde: Esas otras antes procuran defender sus po-

litos, aun con peligro de su vida, y cuando ven que el milano ó el gavilan, el cuervo ó la culebra llega á su nido, andan volando y revoloteando, defendiendo cuanto pueden á sus hijuelos; y cuando mas no pueden, muestran el dolor que sienten, con una voz ó quejido lastimero: *Sola columba ablatos pullos non dolet, non requirit*: Pero la paloma no defiende á sus pollitos, no se queja, ni muestra sentimiento cuando se los quitan, ni los anda despues á buscar: por eso se compara Efraim á la paloma, y por esto nos dice á nosotros Cristo nuestro Redentor, *Matth. x, v. 16*, que imitemos á la paloma, que cuando nos quitan á nuestros hijuelos, aquello que amamos y á que estamos aficionados, seamos como la paloma, que no resistamos, ni contradigamos, ni nos quejemos, ni mostremos sentimiento de ello. De manera que de nuestra inmortificación, y de la dificultad y repugnancia que sentimos en aquello que es contra nuestra voluntad, de ahí nacen los juicios; y así el medio principal que podemos poner de nuestra parte contra esta tentacion es, procurar mortificarnos y no tener propia voluntad, sino estar muy indiferentes y resignados para todo lo que el superior quisiere hacer de nosotros, y que no se nos dé mas que nos manden esto que aquello.

Por eso aquellos santos Padres

antiguos, como buenos maestros de espíritu, ejercitaban mucho á sus súbditos, mandándoles cosas que parecian fuera de propósito, para probar su obediencia, y quebrarles la propia voluntad y juicio: y así aquel sin propósito era muy á propósito; porque mucho mas va en que os mortifiqueis, y en que os quiebren vuestra voluntad y propio juicio, trayéndoos al retortero, que en lo que se podia ganar haciendo la cosa de otra manera. Muchas veces quiere el superior que se pierda aquello y lo otro, por ganaros y aprovecharos á vos; y no es pérdida esa, sino ganancia. Así como los que doman los caballos briosos los hacen andar unas veces apriesa, otras de espacio, otras al rededor, otras al medio del caracol, volver al revés, y en medio de la carrera parar de repente, para que así se acostumbren á obedecer al freno, y á no seguir sus ímpetus y movimientos; de esa manera hacen los buenos maestros de espíritu: así leemos que lo hacia el gran Antonio con su discípulo Pablo: haciale coser la vestidura, y luego tornarla á descoser, y tejer la cestilla, y luego destejer lo que habia tejido: y otros hacian á sus discípulos que sacasen agua del pozo, y que luego la derramasen en el mismo pozo; y del bienaventurado san Francisco leemos que en medio del camino hacia á su compañero Fr. Ma-